

Los mingongs¹ se globalizan

«Si un chino se pusiera a competir en una carrera de bicicletas, como el Tour de Francia, quedaría el último en la clasificación. ¿Sabe usted por qué? Porque durante la carrera no dejaría de mirar a un lado y a otro de la carretera, en pueblos y ciudades, con el mismo objetivo: ¿dónde puedo poner un negocio?»

Empresario chino en San José de Costa Rica

Serpenteando entre los *nigab* y los tenderos que ofrecen cordero y té, la figura pálida de Lan Xing emerge como una aparición. Avanza decidida y enérgica, dejando tras ella la estela de la pesada carreta que arrastra a trompicones sobre el arenoso asfalto del barrio cairota de Ain Shams, en el noreste de la capital egipcia. Es viernes, festivo y día de culto en el mundo árabe; el pueblo se ha echado a la calle para fumar *sisha* en los bares y ver pasar la vida al ralenti. Los

1. El término *mingong* (民工, textualmente «empleado procedente del campo») hace referencia en China al trabajador emigrante. Se trata de una clase obrera de entre 200 y 300 millones de personas que ha servido de combustible durante las últimas tres décadas para la llamada «fábrica del mundo». Al abandonar su lugar de procedencia en busca de oportunidades, el sistema de residencia chino (*hukou*) les penaliza desposeyéndoles de derechos como la sanidad o la educación para sus descendientes, o limitando el acceso a estos servicios. Así, durante años los hijos de los emigrantes no podían ir a la escuela si acompañaban a sus progenitores a otras provincias. Esta situación ha sido subsanada parcialmente con la aparición de escuelas para hijos de emigrantes en los polos industriales, que, sin embargo, ofrecen una educación de menor calidad que el resto. En definitiva, el sistema legal chino ha creado dos clases de ciudadanos con privilegios distintos, en una especie de *apartheid* que penaliza a los verdaderos obradores del milagro económico chino. Esta circunstancia comienza a ser denunciada dentro del propio país.

hombres ven fútbol en televisiones improvisadas en plena calle. Jóvenes empapados en sudor reparan, soplete en mano, vehículos de otra época, de otro siglo, averiados por el calor y los atascos. Las panaderías exponen brioches de dátiles y pan de sésamo recién salidos del horno, cuyos aromas se mezclan con la humedad y la contaminación.

A Lan la ha traído hasta aquí un destartado taxi negro, el mismo que la recoge de madrugada para llevarla a su domicilio, que comparte junto a otros cuatro paisanos. Si las cosas se tuercen, recurrirá al pedazo de papel donde figura su dirección en árabe, que guarda como un tesoro en el bolsillo. Ésa es su única vía de enlace entre el guirigay árabe y su mundo, entre la realidad que la rodea y la suya. Con su melena al descubierto y sus ojos rasgados, Lan es una extraña en este rincón tradicional y popular del viejo Cairo. El suyo ha sido un salto al vacío de más de 8.000 kilómetros, un intento de volver a empezar después de cumplir los cuarenta. Nada, sin embargo, que su determinación por prosperar no logre aplacar.

Llegó a Egipto junto a su esposo hace 17 meses, procedente de su natal Liaoning, provincia del noreste de China fronteriza con Corea del Norte, para hacer fortuna. Dejaron atrás a un hijo de 14 años, educado desde entonces por sus abuelos, a pesar de que, como ella misma confiesa, «es un adolescente problemático». Desde entonces, esa carretilla cargada con sendos fardos con 25 kilos de ropa, desde pijamas hasta *hiyabs*, que Lan pasea por toda la capital egipcia en busca de un cliente, se ha convertido en su obsesión. A ella le dedica una decena de horas cada día: las que pasa, hipnotizada, subiendo y bajando escaleras en las entrañas de viejos y oscuros edificios, tocando en las puertas con la esperanza de obtener un puñado de libras egipcias por la venta de una bata de algodón o unas sábanas de falsa seda.

Como ella, varios miles de hombres y mujeres chinos integran los llamados «shanta sini», los «chinos bolsa» en árabe egipcio. Un ejército de emigrantes llegados de las zonas más pobres de China, la mayoría de ellos convertidos en irregulares en cuanto les caducó el visado, que han logrado conquistar el sector textil minorista del país africano sin más propulsión que sus urgencias por salir de la pobreza y un espíritu emprendedor encomiable. Combinan la retahíla de virtudes que convierten a la emigración china en una de las más emprendedoras del planeta desde hace más de tres siglos: sacrificio, olfato para los negocios, adaptabilidad al medio y talento para reducir costes, además de capacidad de ahorro, discreción y una exclusiva red de contactos intra-chinos. Su pegada se extiende hoy desde Alejandría hasta el corazón de las pirámides egipcias, adonde llegan, con sus petates a la espalda, en busca de consumidores potenciales.

La joven Yu, cuya edad ronda los veinte años, juguetea con su pelo en un café de moda frente a la Universidad Americana de El Cairo. Bella y avispada, se diría que es ajena a las miserias de los «shanta sini». Sin embargo, los conoce a la perfección. «Bajan del avión hoy y mañana están vendiendo mercancía

puerta a puerta por las calles de Egipto. No hablan una sola palabra de árabe», explica la sobrina de uno de los pioneros chinos que identificó el nicho hace década y media y que, desde entonces, ha amasado una fortuna de más de cuatro millones de euros. Aquel emigrante sin educación que huyó de la pobreza en China es hoy un empresario de éxito con ocho fábricas y 60 almacenes desplegados por todo el país. Para comprender cómo los chinos han logrado hacerse un hueco en un país de tradición textil, que exporta algodón a toda Europa, hay que embarcarse en un viaje de miles de kilómetros desde Cantón, el corazón industrial de China, dice Yu.

Es allí, en plena desembocadura del Río de la Perla, donde los emprendedores chinos adquieren las telas y ponen en marcha un negocio que terminan por controlar verticalmente. Sedas, poliésteres y lanas salen en contenedores con destino a Libia, país con el cual Egipto comparte frontera y tratado aduanero. Los chinos han comprendido que, en un mundo globalizado, para levantar un imperio es necesario exprimir los márgenes; no es sólo que lleven haciéndolo durante siglos, es que esa habilidad está grabada a sangre y fuego en el código genético del pueblo chino. Por eso, relata Yu, exportan a Libia, que grava el textil chino con menores impuestos que Egipto. Ya en suelo africano, las telas son reexportadas, con la ayuda de un intermediario egipcio, al país de los faraones para alimentar los talleres clandestinos instalados en apartamentos situados en el extrarradio de El Cairo.

No es fácil visitar una de esas pequeñas factorías secretas. Fracasamos durante nuestra primera estancia en la capital egipcia, cuando un empresario se negó, tras cerrar una cita, a recibirnos; un segundo nos limitó el acceso al recibidor del apartamento. La tarea fue igualmente difícil en nuestro segundo viaje a la capital egipcia, pese a que íbamos de la mano de varios chinos que operan en el sector. La razón no es otra que la desconfianza que suscita que un extranjero husmee en sus negocios, más aún cuando éstos se apoyan en ilegalidades para desbancar a la competencia local. La opacidad será una de las constantes a lo largo de todos nuestros viajes por todo el universo chino.

Sin embargo, la presencia de un amigo chino junto a nosotros dio finalmente sus frutos cuando Ding Tao, un modesto empresario con una década de recorrido en el país, nos abrió de par en par su centro de operaciones: un taller improvisado en un apartamento de cuatro habitaciones en un barrio con edificios decrepitos y coches desguazados en las esquinas. En su interior, las tareas se distribuyen por salas: en una, un joven y dos mujeres, ambas ataviadas con *yihab*, cortan telas y se sirven de seis máquinas de coser para la confección; en otra, se plancha la ropa y se empaqueta en cajas; un quinto empleado hace números en el despacho.

Pese a la preferencia de los chinos por emplear a sus compatriotas, mucho más disciplinados, los patronos utilizan costureros egipcios porque son más baratos. «Si fueran chinos tendría que pagarles el doble, ya que son más pro-

ductivos. Ése es el precio del mercado», sentencia la esposa de Ding Tao, que se defiende en árabe. Les pagan entre 250 y 300 euros al mes por trabajar diez horas al día, seis días a la semana. Unos sueldos al límite y una calidad de producción bajo mínimos garantizan un producto final con precio arrollador. Al salario de miseria se suma la precariedad, porque no hay contrato de por medio ni seguro médico, lo que provoca una rotación de personal constante, una situación similar a la que acaece en los epicentros manufactureros de China, como Wenzhou o Shenzhen, donde en dos años una fábrica puede llegar a renovar la totalidad de su plantilla. Los egipcios desestiman la posibilidad de reclamar mejores condiciones, ante la certeza de que la policía conoce los zulos pero los tolera a cambio de sobornos. En un país económicamente estancado y con el 16,7 por ciento de la población viviendo por debajo del umbral de la pobreza,² con una revolución a sus espaldas que derrocó a la tiranía que se aferró al poder durante tres décadas, es esto o nada.

Pero ¿por qué querrían los egipcios comprar ropa en sus casas, pudiendo ir a los comercios tradicionales? Yu, que habla como si estuviera narrando un relato, despeja la incógnita. «En Egipto, las mujeres comen muchos dulces y muchas están muy gordas, así que prefieren comprar la ropa en sus propias casas. De esta forma, evitan la vergüenza de tener que enseñar sus cuerpos fuera de sus hogares.» De ello, de ahorrarles el mal trago, se encargan emigrantes como Lan en el crepúsculo de las tardes egipcias, al finalizar la oración, cuando abordan a sus clientes en las puertas de sus casas. «¿*Aiz haga?*» («¿quieren algo?»), les espetan en los descansillos de las escaleras. En ocasiones les responden con un portazo, otras veces tienen más suerte y venden alguna prenda o la mujer de la casa pide que le tomen medidas para la bata que los «shanta sini» entregarán en su domicilio al cabo de unos días.

Esta vida sacrificada y miserable que consiste en recorrer, entre el calor y la soledad, las callejuelas de todo Egipto, toca un día a su fin. El emigrante chino, por lo general ignorante y explotado por su patrón, pero astuto y ahorrador, decide un día subir un peldaño en la cadena productiva piramidal. Deja entonces de repartir la mercancía y se convierte, tras invertir los ahorros de meses o años de trabajo, en productor y empresario. Inicialmente, con un taller y una zona de distribución. Posteriormente, extendiendo su red, a la vez que —con frecuencia— se embarca en otros negocios. Bordeando la legalidad, incluso sobrepasándola cuando se trata de silenciar a las autoridades, y haciendo uso de una red de contactos chinos que actúa a la vez como conductora de oportunidades y como malla de protección, obtienen una progresión rápida: entre chinos se efectúan, en cascada, los acuerdos entre importador y fábrica textil, entre taller y distribuidor. El apego de los chinos por sus compatriotas va más allá de la corteza nacional. En numerosas ocasiones las transacciones entre emi-

2. World Bank website, consultado el 7 de febrero de 2011.

grantes —no sólo en Egipto, sino en las dos docenas de países recorridos— se limitan a los oriundos de un pueblo o una región concreta. Ello tiene que ver con la pluralidad de etnias y lenguas que se hablan en China, así como con la importancia que los chinos conceden a los lazos familiares. La confianza y garantía de fidelidad que proporciona compartir origen y lengua constituyen los factores que explican, por ejemplo, que tanto los empresarios privados como las empresas estatales del gigante asiático que operan allende fronteras importen mano de obra china procedente exclusivamente de una sola localidad.

«Si todos los trabajadores en una obra proceden del mismo pueblo es mucho más difícil para un individuo actuar en contra del patrón o de la ley. Sus compañeros, con quienes le unen relaciones personales o familiares, sirven al mismo tiempo de vigilantes. Ningún chino quiere que su familia tenga mala reputación en su lugar de origen. Nadie quiere ser acusado de ladrón o gandul.» Las palabras de un joven chino con varios años de residencia en África comentando esta particularidad resuenan como un eco del maoísmo, cuando el estado de paranoia permanente se instaló en los campos de trabajo a los que fueron enviados a la fuerza decenas de millones de chinos. El compañero se veía obligado entonces a cumplir las tareas de *buen camarada*, siendo a la vez vigilante y vigilado, delator y delatado, en la fábrica o en el campo, en la escuela o bajo la aparente intimidad del hogar. Nadie podía escapar al ojo de la atalaya.

Negocios turbios

Por tanto, los más emprendedores no dudan en embarcarse en nuevas aventuras, en ocasiones muy lucrativas aunque rocen los límites de la ética, para ofrecer a esta bolsa de emigrantes servicios de todo tipo. Después de poner en marcha su red textil por todo Egipto, la familia de Yu —la jovencita coqueta— ha comenzado a llevar emigrantes chinos a Egipto aprovechando el descontrol migratorio y los cantos de sirena por una vida mejor que, en medio de la ausencia de oportunidades, calan profundamente en la China que no logró subirse al tren del progreso. Se sirven de la licencia de la empresa que, según confiesa Yu, se obtiene fácilmente a través de sobornos, para solicitar visados que venderán por 5.000 yuanes (520 euros), aunque el precio varía en función del grado de relación o parentesco del solicitante. Los familiares y conocidos hacen correr la voz en sus lugares de origen, sobre todo en las provincias del noreste del país, donde la privatización de las industrias pesadas heredadas de la época maoísta causó una oleada de entre 30 y 40 millones de desempleados en poco más de una década.³ El efecto llamada corre como la pólvora en esas zonas donde la

3. La privatización o desmantelamiento de las empresas estatales chinas heredadas de la época maoísta comenzó a finales de los años 80, según los académicos chinos. Es difícil dar una

apertura económica dismanteló a finales de siglo las improductivas fábricas maoístas, llevándose por delante el sustento de millones de familias y provocando daños cuyas secuelas siguen siendo hoy visibles. «La gente no se muere de hambre, pero apenas hay opciones para prosperar», justifica Yu.

Esta situación obligó al Estado a romper con siglos de reticencia a la salida de sus nacionales, para pasar a facilitarla —incluso incentivarla—⁴ como vía de escape para sus desempleados. «China se ha desvinculado de la tarea que supone el control de la migración de sus nacionales y ha transferido la responsabilidad a los Estados receptores, éstos en ocasiones muy débiles, como algunos países africanos, donde la corrupción y la incapacidad administrativa hacen relativamente fácil la llegada de los chinos»,⁵ explica el experto en migración china Antoine Kernén, de la Universidad suiza de Lausana. «Existe hoy una facilidad para la migración en China que antes no existía», agrega este investigador que ha seguido el fenómeno en China y en países africanos francófonos.

La estrategia es imbatible para Pekín y los gobiernos locales: con la salida del emigrante se combate el desempleo, desactivando la tensión social que aflora en las zonas donde el paro es grave. Al término de la experiencia del emigrante en el exterior, el problema no reaparece, ya que el trabajador suele retornar

cifra exacta del número de desempleados que provocó el paso de una economía estatal a otra mixta, pero las estimaciones más fiables hablan de entre siete y nueve millones de personas desempleadas entre 1998 y 2001, aunque la cifra alcanzaría los 40 millones si se amplía el lapso de tiempo. Las tres provincias del noreste de China (Liaoning, Jilin y Heilongjiang) suponen el 25 por ciento del total de los empleos perdidos por el cierre de empresas vinculadas a los sectores textiles, militar y minero.

Fuente: *China Economic Weekly*, 27 de octubre de 2008. Zhang JunCai «中国经济周刊» 张俊才, *China Labour Statistical Yearbook*, 2005.

4. «中国对外劳务合作简况及政策简介» («An introduction of the policy and situation of overseas labour cooperation in China»), 澳大利亚国际商会 (Australian International Trade Association), 24 de abril de 2008, citado en «Hired on Sufferance — China's Migrant Workers in Singapore», Aris Chan, *China Labour Bulletin*, febrero de 2011.

Durante una entrevista con los autores, un ex embajador latinoamericano en Pekín afirmó: «La cuestión migratoria es una de las prioridades de Pekín. No hay encuentro con el Gobierno chino donde la contraparte china no exprese su desacuerdo por las políticas restrictivas en materia migratoria con sus nacionales».

5. Un ejemplo de esto es Ecuador. En junio de 2008 el presidente Rafael Correa anunció la eliminación de visado para los turistas chinos, una medida que, apenas seis meses después, tuvo que frenar, ya que en sólo medio año «ingresaron al país 10.638 ciudadanos chinos y sólo salieron 3.941», según el diario *El Comercio*.

Se cree que buena parte de estos emigrantes ilegales habría reemigrado a Estados Unidos o Canadá, mientras otro tanto habría viajado a Guayaquil, donde una visita al mercado principal de la capital económica de Ecuador da cuenta del número de emigrantes chinos en el país y su capacidad para establecer negocios.

con una importante cantidad de capital bajo el brazo que, por lo general, invierte en la educación de sus descendientes o en el negocio que le dé la seguridad de la que nunca antes ha disfrutado.⁶ De algún modo, se puede decir que China exporta mano de obra y, en contraprestación, obtiene capital que será reinvertido y generará crecimiento económico (y más trabajo) en su territorio.

Por tanto, el negocio textil puerta a puerta de los «shanta sini» no es más que la repetición, en Egipto, de lo que ha ocurrido durante tres décadas de *milagro chino* en el gigante asiático: la prosperidad de unos descansa sobre las espaldas de otros. Si el combustible de la *fábrica del mundo* ha sido durante estas tres décadas el enorme contingente de emigrantes que acumulan hasta 14 horas diarias de duro trabajo por míseros sueldos, en suelo africano el negocio textil se alimenta también con el sacrificio de esos mismos emigrantes pobres. Su esfuerzo individual, al final, redundará también en la prosperidad colectiva. La razón de que los emigrantes opten hoy por la República Democrática del Congo o Venezuela en lugar de España o Canadá es fundamentalmente porque el mundo en desarrollo, inexplorado y virgen, ofrece al emigrante muchas más oportunidades que Occidente, con sus estrictas regulaciones y mercados mucho más competitivos. Yu estima que habría 15.000 chinos viviendo en Egipto del negocio de la venta ambulante, muy superior a los 5.000 que la embajada china en El Cairo aporta para cifrar la totalidad de sus ciudadanos en el país africano. «No hay rincón de Egipto donde no lleguen los shanta sini», asegura. La prensa egipcia ha llegado a estimar que el ejército de los «chinos bolsa» estaría integrado por entre 60.000 y 100.000 chinos,⁷ una cifra que los medios del país asiático sitúan entre los 20.000 y 30.000.⁸

El negocio no se limita sólo a introducirlos en Egipto —de hecho, muchos entran con visado de turista desde Tailandia y se quedan en el país durante meses—, sino que los más oportunistas también sacan partido a las necesidades cotidianas de los recién aterrizados. Cuando llegan a El Cairo alquilan para ellos un apartamento, les enseñan cómo funciona el negocio, qué áreas de la ciudad deben cubrir y cómo es la división monetaria de la libra egipcia. También los llevan a los almacenes, donde compran la mercancía por la que los intermediarios reciben una pequeña comisión. Con todo, la *fiebre del oro* lleva a otros, como a la señora Lan Jie, a plantearse actividades aún más turbias, como el proxenetismo. Otro nicho de lo más lucrativo, aunque también arriesgado. Ajena a la sensibilidad que suscita la cuestión en un país de corte tradicional,

6. Las cifras oficiales indican por ejemplo que en 2009 hubo 778.000 trabajadores chinos en 190 países que aportaron unas divisas a China por valor de 4.000 millones de dólares.

7. Página en inglés de un periódico egipcio: <http://www.almasryalyoum.com/en/news/chinese-prostitution-ring-busted-maadi>

8. http://www.dooland.com/magazine/article_93455.html y <http://news.xkb.com.cn/guojij/2010/0923/92395.html#>

en el cual el 90 por ciento de los 80 millones de habitantes son fieles al Islam sunita, Lan busca la fórmula para abrir un prostíbulo en la capital. Quiere diversificar sus negocios, que hasta la fecha se agotan en el comercio textil y —por decirlo así— el trapicheo más o menos encubierto de emigrantes. «Ahora hay demasiada competencia. Hay muchos “shanta sini” y no se gana tanto dinero como antes», dice en un restaurante chino de la capital. Así que ha decidido importar bellas prostitutas chinas.

De hecho, ya ha empezado con los ensayos: durante la cena recibe la llamada de un cliente, al que responde con un «la chica no está hoy en casa». Descarada, sin nada que reprocharse, no repara en detalles acerca de su negocio. «Cada vez que un cliente se va con una chica, paga 600 libras egipcias (unos 75 euros). Mi comisión son 200», explica. Con la oferta y la demanda garantizadas, su única preocupación es no tener en nómina a la policía, clave para un negocio así. «¿Sabes tú cómo podría sobornar a la policía?», pregunta a nuestro amigo chino, quien se desentiende del asunto. Ella no se rinde: «si te pasas por nuestra casa seguro que cambias de opinión», insiste entre risas. Lan Jie no es la única compatriota lanzada al negocio de la prostitución fuera de China, un país donde los burdeles proliferan desde lujosos karaokes donde las meretrices cantan desnudas, hasta insalubres peluquerías de neones rosas donde el masaje acaba en «final feliz». En ocasiones, el patrón también se reproduce en el exterior. La llegada de empresarios y expatriados chinos por todo el planeta ha estimulado la demanda de una serie de servicios, desde restaurantes y clínicas de medicina tradicional china a casas de masajes y acupuntura. Aunque no puede atribuirse exclusivamente a los chinos, la prostitución figura como uno de los negocios estrella.

Encubierta bajo forma de karaokes, casas de masajes o peluquerías, el proxenetismo en África provocó la primera intervención fuera de las fronteras chinas de la célula policial contra el tráfico de mujeres, un grupo dependiente del Ministerio de Seguridad Pública creado en 2007. Un grupo de 10 policías chinos aterrizó en noviembre de 2010 en Kinshasa con órdenes de dismantelar una red de tráfico de mujeres chinas oriundas de la castigada región de Sichuán, al oeste del país, las cuales supuestamente eran forzadas a prostituirse en la capital de la República Democrática del Congo. Publicado por la prensa china, el asunto terminó, para sorpresa de los policías chinos, con la negativa de las mujeres a abandonar el país, donde con su asistencia carnal en las cosas del amor podían ganar 50 dólares por servicio. Una fortuna en comparación con el sueldo medio de apenas 300 dólares al mes en la citada provincia china.⁹

9. «Mainland women opt to stay in Congo vice trap», SCMP del 1 de enero de 2011.

Dependencia y miedo del vecino ruso

El tren abandona Pekín de noche y a las pocas horas enfila el corazón de la China desangelada. Pese a la proximidad geográfica entre China y el extremo oriental de Rusia, llegar hasta Vladivostok por tierra no es fácil. Manchuria, tierra de sufrimiento y crueldades (japonesas, rusas, chinas), se abre a nuestros ojos, con sus maneras rudas y sus paisajes áridos, hasta llegar a la mañana siguiente a Suifenhe, una ciudad fronteriza de 100.000 habitantes. Es la primera etapa en nuestro periplo para seguir la pista del emigrante chino en una región que los comerciantes asiáticos frecuentan desde el siglo xv, cuando se aprovisionaban de ginseng y pescado a cambio de sus excedentes de té y soja. En la estación espera, para nuestra sorpresa, Jiou Peng a bordo de un Porsche Cayenne. Menudo, amable y bonachón, nos vino a recoger siguiendo órdenes de su jefe, Liu Desheng —a quien conocimos en Pekín e íbamos a ver a Rusia—, para ayudarnos con la logística hacia Vladivostok. Nos ofrece desayuno en el hotel insignia de la ciudad, no sin antes darnos una vuelta por esta urbe en expansión que se ha hecho rica al calor de una industria maderera que se alimenta de los bosques de Siberia.

La ciudad exhibe el ritmo frenético y la estética habitual de las urbes chinas desarrolladas a toda velocidad. Los centros comerciales, con altavoces callejeros que escupen turbo-pop chino, echan humo desde primera hora de la mañana. Turistas rusos se agolpan en los comercios y supermercados para adquirir todo lo que no hallan al otro lado de la frontera, o para comprar más barato lo que sí encuentran. En el Holiday Inn varias parejas rusas desayunan copiosamente después de un fin de semana de compras y ocio. «Tengo tarjeta VIP. No hace falta pagar», insiste Jiou Peng cuando hacemos ademán de abonar la cuenta. Sus zapatillas Birkenstein, polo Jeep, reloj Cartier y anillo de oro blanco Bulgari, además de su Cayenne, revelan que no le ha ido demasiado mal en la vida. Jiou encarna a la perfección la figura del nuevo rico chino: convertidos en millonarios en apenas una década y residentes en ciudades terciarias sin glamour ni lujo, derrochan su dinero en el último grito en marcas occidentales. Cuestión de estatus en una sociedad jerarquizada que exige marcar distancias con los de abajo.

Con el sello ruso estampado en nuestros pasaportes, comienza un viaje por carreteras que, de camino a Vladivostok, nos trasladan a otro tiempo y a otro universo humano. Sorprende el corte casi clínico —se diría que con bisturí— en lo referente a la raza: los rostros rudos del norte de China dan paso, súbitamente, a figuras estilizadas, teces blanquecinas y melenas rubias de la raza caucásica. Cruzar de un país a otro supone asimismo un salto al pasado: las autopistas de dos carriles, los rascacielos y los puentes del lado chino dejan paso a un paisaje pobre, rural y vetusto. El tiempo se ha parado aquí en las tinieblas de la época soviética.

Liu Desheng espera en un céntrico café de Vladivostok. Le conocimos en Pekín, durante una comida en la que ejerció su cargo de representante de los empresarios chinos en la ciudad portuaria más importante de Rusia en el Pacífico. Nos explicó las dificultades a las que se enfrentan los inversores en una región azotada por una corrupción endémica. «Durante los primeros años, un chino que se asocia con un ruso debe cederle todos o casi todos los beneficios. De eso hablamos cuando hablamos de mafia. La mafia no es un ente separado, autónomo. Está en todas partes. Pero tras establecer una relación de confianza, todo mejora.» Nacido en 1973, Liu personifica el sueño americano llevado a su versión china. En 1995 decidió abandonar su trabajo como cocinero y se asoció con sus dos hermanos para desarrollar el negocio de la venta al por menor de productos chinos en Vladivostok.

Sus hermanos fueron los pioneros: en 1992, los dos mayores viajaron a la ciudad para trabajar en la construcción por un sueldo equivalente a 120 euros al mes. Tras medio año, volvieron a su pueblo y convencieron a la familia para comerciar con productos chinos, tras identificar un gran potencial de negocio. Criado en el seno de una familia pobre de campesinos, había recibido hasta entonces educación primaria y un curso de cocina. Se ganaba la vida en un restaurante y posteriormente en una fábrica de cerveza. No dudó en dejarlo todo y se sumó a la aventura de sus hermanos. «Fue un 28 de octubre de 1995 cuando crucé por primera vez la frontera con Rusia», explica en la cafetería de un hotel de cinco estrellas, sentado entre su asistente y su chófer, quien nos recogió en uno de los pocos modernos Mercedes que recorren la ciudad. «Me puse a vender botas fabricadas en Heliongjiang y en 58 días hice mi primera fortuna: 24.000 rublos, unos 500 euros», recuerda, con una sonrisa. «Por entonces, dormía en el mismo sitio donde guardaba mi mercancía, para ahorrar dinero, mientras mi hermano se encargaba de abastecer el negocio. Empezamos a crecer y montamos nuestra primera tienda. Después, adquirimos el local adyacente, tiramos una pared y ampliamos el negocio», prosigue este padre de tres hijos de once, seis y tres años. Familia y allegados jugaron, asegura, un papel clave. Hoy más de 120 personas de su entorno están involucradas en un negocio que se extiende por toda Rusia y emplea a miles de personas: cuatro centros comerciales en Vladivostok, dos en Jabarovsk y varios locales en Moscú.

Con su mirada incisiva y su complexión fibrosa, Liu ejerce con soltura esa figura tan característica en China de jefe de clan o líder, en este caso de sus paisanos empresarios. «Mi familia es una de las más influyentes de Vladivostok. Si tienes cualquier problema, enseña mi tarjeta a cualquier chino, en un autobús o en la calle, y te ayudará. Saben quién soy.» Ganarnos su confianza exigió varias citas en restaurantes chinos que le cedían sus mejores salas privadas. Hubo que brindar por la amistad sino-española, manejar con soltura los palillos y recomendar, de memoria y en mandarín, algunos platos de la gastronomía china del norte. No fue la primera vez que constatamos que la mesa es el mejor campo de

batalla para doblegar la suspicacia china. «Rusia grava un 50 por ciento las importaciones de productos procedentes de China. Por eso, muchos optan por hacerlo ilegalmente. Se lleva un camión a la frontera y se soborna a la parte rusa de las Aduanas. Pasado el camión, es conveniente que no circule por carreteras principales o que haga movimientos sospechosos, porque otro control encarece la mercancía, ya que hay que volver a sobornar al oficial.» Liu intercala los brindis con licor de arroz y bocados de cerdo agridulce con comentarios acerca de la fórmula secreta de los negocios chinos en Rusia. Paulatinamente nos adentráramos en el corazón del fenómeno migratorio chino en Rusia para comprender por qué suscita tanto temor entre los locales. «Si los rusos no quieren que entremos mercancías de contrabando, que bajen sus aranceles a nuestros productos.»¹⁰

Las tasas se aplican, nos explicaron posteriormente los oficiales rusos, para proteger la diezmada industria local, pero eso a Liu le parecía una aberración. «Los rusos no pueden vivir sin los productos chinos. Cuando la policía molesta a los empresarios chinos y quieren cerrarles el negocio por ilegal, los empresarios vienen y me dicen que deberíamos irnos y no venderles nada. ¡A ver cómo vivirían entonces!», remata. Se refiere a la dependencia que de China tienen los territorios orientales de Rusia para su abastecimiento de productos agrícolas y bienes de consumo.¹¹ Una dependencia que queda claramente contrastada durante la visita al mayor mercado de Vladivostok, propiedad de Liu y un verda-

10. «El Gobierno ruso ha endurecido mucho en los dos últimos años el régimen de las importaciones chinas porque el contrabando es enorme. Con ello se ha reducido en 3,2 veces el volumen de comercio», señaló a los autores Mijail Tersky, académico de la Universidad de Vladivostok.

11. Oleg Lipaev, representante del Ministerio de Industria y Comercio ruso en la región de Primorsky, nos aseguró que China, con sus 20.000 empresas en el Extremo Este ruso, en su mayoría corporaciones que importan productos chinos, representa en torno al 20 por ciento del Producto Nacional Bruto (PIB) en la región. «El 50 por ciento de los productos agrícolas del mercado ruso son chinos. Si los chinos dejan de exportar sus verduras, el precio sería probablemente el triple», explica. «En Heliongjiang el sueldo medio es de unos 60-100 dólares, en Primorsky de 600. ¿Cómo vamos a competir con ellos? Y cada vez exportan productos de mayor valor añadido, lo que tiene un impacto a nivel local y determina toda nuestra industria», apunta. Sobre el futuro, se mostró poco optimista. «En un futuro cercano, el comercio con China es beneficiario, sobre todo para la gente. Pero en 10 o 15 años China será una amenaza cierta y supondrá un problema para la creación de empleo local.»

Los chinos han planteado una política económica basada —como en África, América Latina y Asia Central— en «tus recursos naturales por mis infraestructuras y productos», pero los rusos se niegan a ello. «Pekín, que controla la financiación y operaciones de sus empresas estatales, quiere un acuerdo intergubernamental para explotar los recursos de Rusia, pero no queremos, como en África, carreteras o presas a cambio de petróleo. No las necesitamos. Las podemos hacer nosotros mismos. No necesitamos que los chinos vengan y lo hagan todo. En cambio, proponemos empresas mixtas que operen sobre la base de la ley rusa. Pero no les convence», remata Oleg Lipaev.

dero espectáculo visual en 4.000 metros cuadrados, mil tiendas y 2.000 empleados. De un lado, en la parte bajo techo, la distribución de los negocios se basa en la procedencia de los comerciantes chinos que regentan la casi totalidad de los comercios. El pasillo de los «zapateros de Yunnan» colinda con el de los «sastres de Jilin», mientras los oriundos de Hebei venden baratijas, juguetes y bisutería. En la zona al aire libre, hay desplegado un mercadillo interminable donde contenedores de barco han sido reconvertidos en tiendas comerciales. Rusos, vietnamitas, centroasiáticos y sobre todo chinos se agolpan para vender especies, linternas, camisetas, pan, dulces, conservas y todo cuanto se le pase a uno por la imaginación. Más del 80 por ciento de los productos proceden de China y, como denuncian los funcionarios locales, el impacto en cuanto al empleo local generado es limitado, porque dos de cada tres comerciantes son chinos. Una tendencia que se puede extrapolar al resto del país de los zares: el 83 por ciento de los extranjeros que trabajan en los mercados de la Siberia rusa son chinos, una cifra que alcanza el 61 por ciento si se toma como base el resto del país.¹²

El éxito de miles de chinos que comercian en Siberia contrasta con el declive que padece el otrora hermano mayor soviético, hoy en guardia ante la emergencia de Pekín. Mientras en las ciudades fronterizas chinas —como Sui-fenhe— se progresa sin mirar atrás, en las calles de Jabarovsk respiramos, en cuanto nos apeamos del Transiberiano, un ambiente de dulce decadencia, de nostalgia por los tiempos pasados. La ciudad, por donde los viejos Lada que se resisten a morir son aún mayoría, conmemora por todo lo alto el 152 aniversario de su fundación, lo que ha empujado a las calles a familias enteras, a abuelos y nietos vestidos de domingo, a marineros de la mano de jovencitas con tacones altos y aspecto retro. Abarrotan el paseo peatonal, junto al río, agradeciendo el sol primaveral tras el largo invierno, divirtiéndose en un parque de atracciones sacado de una película de espías de la Guerra Fría. La comparación es inevitable. A este lado del río Amur, celebran, ríen, bailan y beben ajenos a que, en la otra orilla, sus vecinos de toda la vida han puesto la directa hacia el desarrollo.

Chinos y rusos son viejos conocidos que, durante siglos, se han hecho la guerra y mordido mutuamente pedazos de un territorio con ingentes reservas, desde oro y petróleo hasta agua dulce y madera noble. La migración china se ha convertido en una cuestión muy sensible que ha generado un clima de permanente miedo a una invasión silenciosa¹³ que, comprobamos, se extiende

12. «Chinese Migrants: Their Views on the Work, Education, and Living Conditions In Russia», A. G. Larin, 2007.

13. Pese a la oleada migratoria y de productos *Made in China*, en términos de inversión China no es un gran jugador en Rusia porque no está presente en Sajalin, la isla rusa del Pacífico que cobija ingentes cantidades de petróleo y que recibe el mayor porcentaje de la inversión foránea en Rusia. En otras industrias como la maderera, las empresas chinas se dedican más a comprar materia prima que a invertir.

también a Asia Central, la región colindante con China que formó parte de la Unión Soviética y que, aunque en declive, sigue hoy, en gran medida, bajo la órbita de Moscú.¹⁴ Los rusos no olvidan que en 1881 los mercaderes chinos suponían el 13 por ciento de la población local en sus territorios orientales, una región que Moscú considera estratégica.¹⁵ Algunos expertos y políticos ven la situación actual con preocupación, sobre todo por lo que deja entrever en un futuro: las cuatro provincias del norte de China fronterizas con Rusia (Mongolia Interior, Heilongjiang, Jilin y Liaoning) cuentan con una población de 132 millones de personas¹⁶ y unos recursos naturales —agua, madera, petróleo, suelo fértil— cada vez más limitados. Del otro lado del Amur, se extiende un territorio ingente, desde Irkutsk hasta Vladivostok, donde apenas viven seis millones de personas y yacen los recursos y materias primas que China necesita. Todo ello conjugado con el impacto psicológico que provoca el hecho de que el gigante asiático, símbolo de pobreza hace apenas tres décadas en medio del derrumbe del maoísmo, se haya hecho rico. Para un pueblo orgulloso como el ruso, acostumbrado al papel de potencia y a mirar por encima del hombro a su vecino, no es fácil asumir —ni digerir— que ahora las aguas de la Historia han cambiado su curso. Que ha llegado, por fin, la hora de China.

Con todo, pese a la ansiedad que despierta en Siberia una eventual penetración sigilosa del vecino del sur, Pekín es también percibido por muchos como la única alternativa económica en una región aún por desarrollar, olvidada por Moscú y en pleno declive demográfico. «En 2020 la población en Rusia oriental pasará de los seis millones actuales a poco más de cuatro millones. Entonces no tendremos alternativa: necesitaremos la llegada de la mano de obra china y las inversiones chinas para generar crecimiento», asegura Vladimir Kucheryavenko,

14. No existen cifras oficiales creíbles sobre el número de emigrantes chinos en Rusia. Las estimaciones de los expertos y oficiales van desde los 300.000 hasta los cuatro millones, incluyendo legales e ilegales, repartidos por todo el territorio ruso. En el Extremo oriental del país habría unos 100.000 comerciantes y empleados temporales chinos.

Rusia aplica hoy una política migratoria muy estricta con China, limitando los visados de negocio a 3.000 por año. Todo ello como respuesta al descontrol que imperaba a principios de la década de los 90. Rusia facilitó entonces el flujo migratorio —con exención de visados para los nacionales chinos entre 1992 y 1994— para permitir que la llegada de comerciantes chinos paliara el desabastecimiento de productos en el este de su territorio, consecuencia del desmoronamiento de la Unión Soviética. Así, miles de chinos de las regiones fronterizas con Rusia se instalaron en el país vecino, muchos de forma ilegal, huyendo del desempleo que azotaba por entonces las regiones industriales del norte de China.

Fuente: *The Encyclopedia of the Chinese overseas*, edición de Lynn Pan, pp. 328-331; *China inside out: contemporary Chinese nationalism and transnationalism*, Joana Breidenbach, pp. 144-146; entrevistas con expertos y funcionarios en Vladivostok, Jabarovsk y Moscú.

15. *The Encyclopedia of the Chinese overseas*, op. cit., pp. 328-331.

16. China Statistical Yearbook 2009.

experto de la Academia Rusa de Ciencias del Instituto de Investigaciones Económicas de Jabarovsk. Otros, como Mijail Tersky, director del centro de Desarrollo Estratégico en el Pacífico de la Universidad de Vladivostok, han tirado incluso la toalla al asegurar que el destino de Rusia pasa necesariamente por la colaboración con China. «No tenemos futuro si no es con China. Es de locos enfrentarse a un ciclón. Si China nos considera su enemigo, será mucho peor para Rusia, así que mejor colaborar. La cuestión es buscar fórmulas para tener las mínimas pérdidas posibles.»

La historia se repite

Disecionar el negocio de los «shanta sini» y pasear por los mercados de Liu sirve de ejemplo para comprender la estrategia de los emigrantes chinos, su necesidad de abandonar su país por razones económicas y, más importante aún, cómo su expansión por el planeta tiene un impacto regional notable. En primer lugar para el empresario local, que de la noche a la mañana ve cómo pierde terreno ante una competencia mejor organizada e imbatible en cuestión de costes.¹⁷ Más adelante veremos cómo la emigración china vehicula también sus valores y estándares laborales o medioambientales. No se puede, sin embargo, comprender la diáspora china por el mundo sin tener en cuenta el flujo migratorio que desde hace décadas se produce dentro de las fronteras del gigante asiático. Al menos 200 millones de personas han abandonado el campo desde la apertura económica en busca de oportunidades en las ciudades, y los expertos cifran en otros 300 millones el número de personas adicionales que realizarán el mismo trayecto en los próximos años. A este dinamismo de la movilidad ciudadana en China —fomentado por el crecimiento económico—, acompaña un flujo de chinos que salen del Imperio del Centro para emprender una nueva vida, conquistando mercados a su paso desde Nigeria hasta Argentina y desde Papúa Nueva Guinea hasta Canadá, acelerando una tendencia que comenzó hace siglos pero que hoy tiene una magnitud, escala, velocidad y trascendencia mucho mayores.

Los chinos llevan emigrando desde hace cientos de años, huyendo del hambre y la guerra, de la represión (antes incluso de la llegada de los comunis-

17. El académico húngaro Pal Nyiri, que lleva estudiando el fenómeno migratorio chino desde hace dos décadas, define la expansión por el planeta de estos emigrantes emprendedores como «la emergencia de un empresariado global, vinculado a redes de negocios multifuncionales, de gran movilidad y densos flujos de capital, bienes e información, que mantiene un estatus marginal en las sociedades locales» en las que se instala. Fuente: *Chinese entrepreneurs in poor countries: a transnational «middleman minority» and its futures*, presentado en Hong Kong y cedido por el autor, Pal Nyiri, de la Universidad de Vrije, Ámsterdam.

tas al poder) y los conflictos sociales. Todo ello les ha convertido en la mayor población emigrante de la historia, con unos 35 millones de ciudadanos de etnia china, mayormente *Han*,¹⁸ repartidos por todo el planeta.¹⁹ En algunas regiones de Asia, la migración china se remonta al siglo XII, cuando el Imperio del Centro comenzaba a erigirse en la potencia naval en la que se convirtió en el siglo XV de la mano del almirante Zheng He, apodado por algunos el Cristóbal Colón chino. A él se le atribuye capitanear, por mandato del emperador Yongle, de la dinastía Ming, una serie de expediciones que, mucho antes de que Colón descubriera América en 1492, llevó a China hasta el Golfo de Adén, en las costas de la hoy Somalia. Las siete misiones navales en las que se embarcó desde 1405 hasta su muerte en 1433 tenían el objetivo de extender el sistema tributario de una nación que, por aquel entonces, no tenía parangón en cuanto a desarrollo tecnológico y dominio de los mares.

Con navíos cuatro veces mayores que la *Santa María* que el almirante Colón llevó a las Indias Occidentales, los viajes de Zheng He —un eunuco de origen musulmán que se ganó el respeto de los emperadores Ming por su bravía en el campo de batalla— lograron transportar hasta 27.000 hombres en varias naves.²⁰ Sus viajes marcaron el inicio de la época de esplendor del comercio en el sudeste asiático, fomentando las transacciones de especies y artesanías, y dotaron a lugares como Malaca de la importancia que tienen hoy en las rutas marítimas.²¹ El comercio, impulsado por las mejoras en la navegación, fue el verdadero trampolín para la salida paulatina de millones de chinos por todo el continente asiático, cuyos descendientes constituyen hoy el grueso de las poblaciones en varios países regionales: la Academia China de Ciencias Sociales estima que hay 28 millones de ciudadanos de etnia china repartidos por toda Asia que integran poblaciones muy importantes en países como Singapur, Malasia, Tailandia o Indonesia.²²

El tráfico de esclavos también fomentó la llegada de esclavos chinos a las colonias que Occidente mantenía en América y África. Pero no es hasta la abolición de la trata, a lo largo del siglo XIX, cuando la emigración china se hace global, aterrizando en los cultivos peruanos, las minas sudafricanas o, incluso, en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial en los que Gran Breta-

18. Etnia mayoritaria en China.

19. Esto supone el 18,3 por ciento de la población migrante mundial, según la Organización Internacional para las Migraciones. Fuente: «2007年：全球政治与安全报告» («Informe sobre política internacional y seguridad 2007», de la CASS, varios autores, 2007.

20. *Zheng He. China and the Oceans in the Early Ming Dynasty, 1405-1433*, de Edward L. Dreyer.

21. *The Encyclopedia of the Chinese Overseas*, ed. de Lynn Pan, pp. 48-50.

22. «2007年：全球政治与安全报告» («Informe sobre política internacional y seguridad 2007», de la CASS, varios autores, 2007.

ña, Francia y Rusia emplearon hasta 150.000 chinos para labores como cavar trincheras o enterrar a los muertos de guerra a cambio de retribuciones míseras.²³ Eran décadas en las que China estaba en pleno derribo. La agitación política, penurias económicas y caos generalizado culminaron en una cruenta guerra civil y la invasión japonesa, estableciéndose el caldo de cultivo que, antes de la fundación de la República Popular en 1949, sentó las bases del proceso migratorio contemporáneo. Oleadas de chinos de provincias como Fujian y Cantón no dudaron en endeudarse para conseguir el pasaje de barco que les alejara de la miseria y, en épocas de invasión extranjera, les llevara a una nueva tierra de oportunidades.

¿Qué fue de ellos? ¿Lograron su objetivo? Tuvieron que hacer frente a sacrificios tremendos, mayores incluso a los de los “shanta sini” de nuestros días, pero la recompensa para muchos de ellos, algunos de los cuales conocimos durante nuestros viajes, es hoy perfectamente visible. Abandonaron China para prosperar, se hicieron ricos y nunca regresaron. Hoy, sus hijos, nietos y bisnietos han dejado de ser emigrantes y constituyen las nuevas generaciones de chinos de ultramar.

Para Fung Xi Mao, por ejemplo, dejar atrás su Cantón natal en 1947 supuso no volver a ver nunca más a su padre. Tenía apenas 18 años cuando se embarcó en el viaje que le llevó a la tierra prometida, Venezuela, adonde llegó tras una semana sobrevolando el Pacífico, desde Hong Kong a Manila y Honolulu, y de allí a San Francisco, Managua y Caracas. Sentado en su oficina de Maracay, a 110 kilómetros al oeste de la capital venezolana, nadie diría hoy que, a su llegada y durante sus primeros años en el país, tuviera que dormir en el cafetín en el que trabajaba 12 horas al día a cambio de 100 bolívares al mes, unos 15 euros. Las paredes del cuartel general desde el que dirige, con sus hijos, su pequeño imperio, están salpicadas de galardones concedidos como reconocimiento a sus éxitos empresariales y de fotografías en las que sale estrechando la mano de viejos amigos, como los ex presidentes venezolanos Carlos Andrés Pérez o Rafael Caldera, entre otras personalidades. Aunque a decir verdad, en aquellos primeros días de dificultades jamás creyó que acabaría co-deándose con la flor y nata venezolana.

«En 1957 me instalé en Maracay. En Venezuela vivían únicamente 3,5 millones de personas. Era tierra de oportunidades», recuerda.²⁴ Habla de forma pausada, en un español con acento sudamericano del que todavía colean rastros fonéticos que delatan su origen. Como el emprendedor Liu, amo de los mercados de la Siberia rusa, o tantos otros, Fung Xi Mao progresó en base a su espíritu ambicioso, su capacidad de sacrificio y su audacia frente al riesgo.

23. *The Encyclopedia of the Chinese overseas*, ed. de Lynn Pan, pp. 64-65.

24. En la actualidad la población de Venezuela supera los 28 millones de personas, según el Banco Mundial. Se calcula que podría haber unos 180.000 chinos en el país sudamericano.

Y también gracias a la ayuda financiera de sus compatriotas, todos ellos oriundos de su misma localidad natal, Enping. «Un amigo me prestó 12.000 bolívars (casi 2.000 euros, al cambio actual). Con ese dinero monté una quincallería y luego una distribuidora de mercancía china. No había competencia. Importaba 100 contenedores al año desde Hong Kong y mi margen era del 30 por ciento.» Sus ganancias le catapultaron: con ellas abrió una fábrica de juguetes, luego una cadena de supermercados, fue director de un banco durante 10 años, fundó un canal de televisión y un periódico, y se metió en el lucrativo negocio de la construcción. El otrora emigrante pobre se convirtió en millonario.

Muchos compatriotas siguieron sus pasos, como prueba el elenco de calles del centro de Maracay que, atestadas de gente, están hoy literalmente tomadas por comercios chinos. No hay negocio de productos del hogar, ferretería, electrónica o quincallería diversa que no esté en manos de emigrantes de Enping, como atestigua que en una mayoría de comercios el apellido «Fung» —típico de la región— preside la entrada. A esa expansión ha contribuido decisivamente Fung Xi Mao, respetado jefe del clan, quien desde que se hizo rico no ha cejado en su empeño de ayudar a sus paisanos. «Durante todos estos años muchos chinos me han pedido dinero prestado para arrancar sus negocios. Siempre lo han devuelto, ni uno solo me ha fallado. Con la palabra basta. En China la palabra es como un documento», afirma.

Los expertos estiman que, como Fung Xi Mao, entre tres y siete millones de chinos salieron de su país entre los siglos xvii y xx en busca de oportunidades.²⁵ Otros escaparon de la represión o se vieron inmersos en la guerra ideológica de la Guerra Fría.²⁶ Esta diáspora silenciosa, paulatina y a escala mundial ha dejado una cicatriz imborrable en muchos países, sobre todo en el sudeste asiático, pero también en África.²⁷ Así, los chinos son el grupo étnico mayori-

25. «华工出国史料汇编 / 陈翰笙主编» («Historia de los chinos de ultramar y la mano de obra exportada», *History of Overseas Chinese Indentured Labor*), editado por el eminente académico Chen Hansheng, 1985.

26. Con la llegada de los comunistas al frente del poder en 1949, el Estado retoma la tradición imperial de prohibir y perseguir la migración. Sin embargo, Pekín no dudó en exportar servicios y recursos humanos a países del Tercer Mundo en plena Guerra Fría por razones ideológicas. A principios de la década de los sesenta, Mao Zedong envió a decenas de miles de chinos a trabajar como doctores, ingenieros agrícolas o peones de brega, buscando la legitimación del régimen de la República Popular y la exportación de la revolución roja por todo el planeta.

África comenzó entonces a familiarizarse con la presencia de chinos en su territorio, donde construyeron líneas férreas como la que une Tanzania y Zambia (Tanzam), donde habrían participado hasta 25.000 trabajadores chinos, o ayudaron a incrementar la productividad de las plantaciones de arroz o azúcar.

27. Según datos oficiales, habría al menos 750.000 chinos residiendo en África con el objetivo de labrarse una vida mejor. Sin embargo, no existe un censo fiable —como demuestra el caso de los «shanta sini» en Egipto— y se estima que la cifra real es mucho mayor.

tario en lugares como Singapur (76,8 por ciento del total) y constituyen una parte destacable de la composición social en Malasia (25,7 por ciento), Tailandia (11 por ciento) o Brunei (29,3 por ciento).²⁸ El factor clave de la importancia de estas comunidades en las sociedades de acogida reside, sin duda, en su poder económico. Esto queda reflejado en su participación en las economías domésticas, que va desde un 4,5 por ciento del PIB en Vietnam hasta el 80 por ciento en Singapur. Incluso en lugares como Indonesia, donde los descendientes chinos suponen apenas el 3 por ciento del total de la población, su peso en la economía doméstica es notable: según las fuentes, oscila entre el 10 y el 80 por ciento del PIB. Algunas estimaciones se aventuran incluso a cuantificar cuál es hoy la fortuna amasada durante siglos por los chinos de ultramar: 1,5 billones (con b) de dólares.²⁹

Esta opulencia se debe indiscutiblemente a la idiosincrasia china, como hemos visto. Desde luego, la capacidad de esfuerzo, ahorro y visión para los negocios se transmite casi genéticamente, de generación en generación. Pero no es éste el único factor. El éxito se explica también por las conexiones que «la gran logia china»³⁰ proporciona: allá donde haya un chino dispuesto a hacer negocios habrá otro que, por lazos de sangre o raza, le prestará dinero o le dará el apoyo necesario para conseguir un visado o un permiso. «Se trata de una característica particular de los emigrantes chinos. Aunque otras naciones de cultura confucionista también muestran aspectos similares, esta solidaridad es mucho más fuerte en las comunidades chinas de ultramar», explica el experto en migración Zhuang Guotu. Este reconocido académico subraya que todo ello se debe, además del «sentimiento de grupo» que en contraposición al «individualismo occidental» domina la tradición oriental, a que muchos emigrantes proceden de las zonas costeras del país (Fujian, Cantón). «La fuerza de cohesión de la familia y el regionalismo es muy importante para los chinos de ultramar.»

De esta forma, se refuerzan los lazos intra-chinos pese a salir del Imperio del Centro: en la Gran China, todo queda en casa.³¹ Este apego a las costumbres, lengua y cultura chinas explica seguramente su inicial desinterés por la

28. *New Asian Emperors*, Haley, George; Haley, Valey; Chin Tiong Tan, Wiley, 2009, p. 15.

29. *Charm Offensive. How China's Soft Power is Transforming the World*, Kurlantzick, Joshua, Yale University Press, 2007, p. 75.

30. Expresión utilizada por Miguel Ángel Calvete, secretario general de la Cámara de Autoservicios y Supermercados de Propiedad de Residentes Chinos (Casrech) en Argentina, que agrupa a 7.000 de estos supermercados y se ha convertido en un importante lobby en el país. Sus actividades se describen con más detalle en el capítulo 2 sobre «La nueva Ruta de la Seda».

31. «大中华地区» o «Gran China» es el término utilizado para referirse a esta interacción —comercial, cultural, lingüística— de los chinos de ultramar.

integración o —incluso— la adaptación en las sociedades de acogida, donde los chinos mantienen por lo general un perfil social bajo y con poco contacto —más allá del económico— con los locales.³² Aunque en las generaciones venideras ese sentimiento de pertenencia al grupo de iguales va, en cierto modo, diluyéndose, la conciencia de ser depositario de un legado y de unos valores que es obligado transmitir a la siguiente generación sigue perfectamente viva. La lengua y el matrimonio son los vehículos que garantizan la transmisión de la herencia que les ancla a sus raíces.

«En la época de mi abuelo, te enfrentabas a una gran oposición si decidías casarte no ya con alguien de otro origen o raza, sino incluso con alguien de otro pueblo. Ahora las cosas no son tan rígidas como antes, pero en la generación más joven aún predomina la sensación de que deben casarse con alguno de los suyos», explica Bonnie Pon, nieto de un emigrante cantonés que desembarcó en Sudáfrica a finales del siglo XIX. Bonnie, cuya familia sigue regentando, más de 100 años después, el comercio de ultramarinos que abrió su abuelo en el corazón del llamado *First Chinatown* de Johannesburgo, forma parte de un tronco genealógico común de 56 miembros repartidos sobre todo por Sudáfrica, pero que se ha ramificado también a Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Singapur. «De todos ellos, sólo dos matrimonios se produjeron con personas de origen no chino», afirma. A esa mentalidad tradicional de la *vieja sociedad china* que hacía a su abuelo rechazar los matrimonios mixtos, se sumó casi medio siglo de segregación racial en Sudáfrica, donde los chinos eran considerados «no blancos», esto es, «negros» a todos los efectos. «Se hacía alusión a la cuestión racial constantemente. Casarnos entre nosotros era lo natural.»

Tiempo después de desmantelarse el régimen de *apartheid*, su hijo Erwin continuó con la costumbre de la familia: se casó con una taiwanesa, quien recientemente alumbró a una hija que «aprenderá las lenguas oficiales en el colegio —inglés y afrikáans— y cantonés y mandarín en casa», asegura. «Tuvimos la suerte de que nuestros padres nos obligaron a aprender nuestra lengua materna.» Bonnie, quien nació en Sudáfrica y reconoce estar «en muchos sentidos occidentalizado», concede gran importancia a sus raíces y esencia chinas pese a que, a la vez, se desmarca de los valores que emanan de la China actual. «Cuando me miro al espejo veo una cara china. Pero he nacido en Sudáfrica y he estado aquí toda la vida. Voy a China por trabajo una vez al año, pero no me acostumbro al modo de vida allí. En China no estoy en casa, me incomoda la forma en que hacen las cosas. Nuestra familia es más tradicional que esos jóvenes comunistas chinos», remata. En una familia que lleva cinco generaciones en Sudáfrica, el país africano con mayor comunidad de ciudadanos de origen

32. *Chinese entrepreneurs in poor countries: a transnational «middleman minority» and its futures*, Nyiri Pál, Universidad de Vrije, Ámsterdam.

chino,³³ Bonnie y los suyos guardan su ADN chino como un pequeño tesoro. Como el código que revela quiénes son y de dónde vienen.

Descendientes de Sun Yat-Sen en Ecuador

Con su figura menuda, los ojos ligeramente en forma de almendra y un bigote fino que le contornea el labio superior, no es difícil ver en Harry Sun Soria un descendiente de chinos. La historia de este ex alcalde de la ciudad ecuatoriana de Guayaquil, la capital económica del país latinoamericano, es diferente sin embargo de la del resto de peruanos, brasileños o ecuatorianos cuyos abuelos o bisabuelos llegaron al continente para construir el ferrocarril o trabajar en las plantaciones de azúcar en el siglo XIX. Él es descendiente directo de Sun Yat-Sen, fundador de la República de China en 1911 y primer presidente de China. Por sus venas corre sangre de la estirpe que acabó con milenios de tradición imperial en China.

Habla con un ritmo pausado, casi hipnotizante, característico de la gente educada y con capacidad de llegar a las masas. Ello le permitió ser, además de regidor, diputado nacional en 2002. Hoy, retirado parcialmente de los negocios, este arquitecto y padre de dos hijas dedica su fortuna y tiempo a dirigir la Fundación Ecuatoriana Sun Yat-Sen, de la que es presidente. Cuatro generaciones le separan de su bisabuelo Sun Kun Sang, hermano de Sun Yat-Sen, artífice de la China moderna, pero la lealtad a sus orígenes suena inquebrantable: «Yo me siento chino. A los ecuatorianos los quiero y los respeto. Nos dieron una identidad que no teníamos. Pero me siento chino», sentencia, en una entrevista en su despacho, situado en la zona noble de Guayaquil. No hace falta escucharle para creer lo que dice: luce un traje tradicional chino confeccionado con seda cantonesa marrón y tocado con bordados negros que desentona en esta ciudad a orillas del Océano Pacífico.

Su bisabuelo llegó a Ecuador en 1881, huyendo del caos que azotaba China por entonces. «Era un campesino. Al principio se dedicó a la agricultura y poco después empezó con sus negocios, como la exportación de cacao y café», recuerda. «A principios de siglo, el emperador dictó sentencia de

33. La primera oleada migratoria de China a Sudáfrica se produjo a finales del siglo XIX y llegó a sumar una población de entre 20.000 y 30.000 personas, de las cuales siguen en el país entre 6.000 y 10.000 descendientes directos. La segunda oleada fue en los años 80 procedente de Taiwán, consecuencia de las relaciones entre Taipei y el régimen segregacionista de Pretoria, que llevó al país africano a unas 20.000 personas, de las que permanecen unas 6.000. La tercera y última oleada, la más numerosa, aconteció en los años 90 y hasta la actualidad desde China continental. Según distintas estimaciones, el número de ciudadanos de origen chino residentes actualmente en Sudáfrica alcanzaría la cifra de 400.000.

muerte contra él y su familia por las actividades que llevaban a cabo para poner fin al imperio. Eso hizo por ejemplo que Sun Yat-Sen visitara Ecuador en 1907», explica. Su bisabuelo se casó entonces con una ecuatoriana y de esta forma el abolengo de los Sun echó raíces en este país latinoamericano, pero sin desatender los vínculos con la «madre patria». «Hace 27 años que viajo a China. Mi hija está estudiando desde hace tres en Pekín. Ella tiene un compromiso. Más de 100 años después de que nuestra familia huyera de China, volvemos. Hay que enseñar a todos los descendientes de chinos a querer a China», dice.

«Yo me identifico con la revolución de Sun Yat-Sen y con la de Mao Zedong. ¿Por qué? Porque antes no éramos [se refiere a China] nada. Todas las potencias del mundo nos invadieron, se apoderaron de China, la utilizaron como botín político. Enseñaron a los chinos a consumir opio para compensar la balanza comercial, porque China les tenía inundados de porcelana, de seda, de inventos... Corrompieron a los chinos con la droga. Francia e Inglaterra mantuvieron su opulencia a costa de la sangre de China. ¿Cómo no voy a querer la revolución?»³⁴ Harry Sun habla con la mirada fija en los ojos de su interlocutor mientras repite, casi palabra por palabra, el discurso oficial del Partido Comunista de China acerca de la cicatriz que dejó el zarpazo occidental en el Imperio del Centro. Sobre estas bases patrióticas discurre su argumentación sobre la identidad y el valor de ser chino.

34. Soria se refiere aquí a las nefastas consecuencias provocadas en la economía y la sociedad chinas a causa del comercio de opio que inició en el siglo XVIII la británica Compañía de las Indias Orientales. La poderosa empresa —que operó en régimen de monopolio hasta 1834— exportaba a China el estupefaciente producido en la colonia india con el objetivo de equilibrar la balanza comercial con el Imperio chino, que vendía a Gran Bretaña productos como el té, la porcelana y la seda por un valor muy superior a lo que le compraba.

La introducción del consumo de opio provocó adicción y decadencia entre el pueblo chino, al tiempo que su entrada en el comercio bilateral desembocó en una caída de los ingresos de plata para el imperio Qing, que se alarmó y tomó cartas en el asunto prohibiendo la importación y el comercio de éste. Ello llevó, tras unas infructuosas negociaciones con Gran Bretaña, a la Primera Guerra del Opio (1839-1842), que marca el inicio de lo que los chinos denominan el «Siglo de Humillación» (百年国耻). Hace referencia al período que va de 1839 a 1949 y está caracterizado por un estado de caos generado por varios factores: ocupación occidental y japonesa de partes del territorio chino, imposición por parte de potencias extranjeras de tratados de posguerra desiguales, derrumbe del Imperio y sangrienta guerra civil entre comunistas y nacionalistas.

Todo ello explica en parte que buena parte de los chinos, como Harry Sun, celebren la victoria de los comunistas en 1949 y la posterior dictadura de Mao Zedong (1949-1976), entendiendo que fue él quien devolvió la dignidad al Imperio del Centro tras décadas de humillación.

Fuentes: *China. A New History*, Fairbank, John King y Goldman, Merle, Second Enlarged Edition, Harvard University Press, Londres, 2006, pp. 180-206.

Su fundación se encarga, como él mismo dice, de «hacer que en Ecuador se sepa que somos una cultura de 5.000 años. De acabar con el mito sobre que los chinos son sólo comerciantes de textil y zapatos», insiste, siempre en primera persona del plural. Además de esa función didáctica, también ofrece asistencia a los chinos que viven en la ciudad, cuyo número ha crecido exponencialmente como consecuencia de la inmigración ilegal y las corruptelas de las autoridades migratorias ecuatorianas. «Damos amparo a los chinos. Si hay que apoyarlos en los negocios, espiritualmente o económicamente, se hace. Cuando un chino cae preso nos organizamos para que alguien esté a su lado.» De la figura de Harry Sun se desprende una característica propia de los chinos de ultramar, visible desde Mozambique a Cuba y desde Sudáfrica a Ecuador: su apego a la madre patria. Aunque legalmente son ciudadanos poseedores de la nacionalidad del país de acogida, estas comunidades siguen manteniendo estrechos lazos con el gigante asiático, aunque sus padres o abuelos tuvieran que huir por la represión maoísta o la miseria en la época imperial.

Este sentimiento de pertenencia a China, de orgullo de sentirse chino pese a haber nacido en otra nación, explica por ejemplo las cuantiosas donaciones que los chinos de ultramar han hecho al gigante asiático durante todo el siglo xx. En los años 20 y 30 costearon carreteras, puentes, universidades y vías férreas como la de Xinning, que con sus 138 kilómetros une el pueblo cantonés de Enping con el Río de la Perla. Esa inercia se ha mantenido hasta nuestros días. El enésimo y quizá más paradigmático ejemplo se produjo con motivo de los Juegos Olímpicos de Pekín de 2008, cuando las donaciones voluntarias de 350.000 chinos residentes en 102 países sirvieron para sufragar la mayor parte de los 100 millones de euros que costó la piscina olímpica, conocida como el *Cubo de Agua*. «Lo hicimos para mandar un mensaje al mundo: nosotros también formamos parte de China», explica Sun, quien aportó parte de su fortuna para que la segunda infraestructura más emblemática de las Olimpiadas pekinesas —tras el estadio *Nido de Pájaro*— fuese una realidad. Con todo, las donaciones son sólo un pequeño porcentaje de la fabulosa contribución que los chinos de ultramar han hecho en favor del resurgir de la República Popular de China.

Ellos han sido el principal soporte financiero del desarrollo industrial chino desde el proceso de apertura y reforma, cuando el *pequeño timonel* Deng Xiaoping maniobró decisivamente en 1979 para sacar al país del caos en el que lo sumió el maoísmo. Se estima que, de los 500.000 millones de dólares de Inversión Extranjera Directa (IED) acumulada hasta 2003, un 65 por ciento procedía de los chinos de ultramar, sobre todo de Hong Kong, Taiwán y el sudeste asiático.³⁵ Consciente del valor que supone tener una comunidad cultural-

35. *The Three Faces of Chinese Power. Might, Money and Minds*, Lampton, David, University of California Press, 2008, p. 85.

mente afín y pletórica de recursos repartida por todo el mundo, el Gobierno comunista —que despreció a los chinos de ultramar con especial desdén durante la Revolución Cultural—³⁶ ha estado muy activo desde la década de los 80 en recomponer los lazos. Si durante buena parte de la mitad del siglo xx fueron repudiados por Pekín, el Gobierno se echó en brazos de su diáspora para rehacer el país, aprobando incluso leyes que les otorgaba mayores privilegios fiscales que al resto de inversores extranjeros.³⁷ Con la estrategia «salir a fuera para invitar a venir» (走出去-引进来), Pekín ha enviado miles de delegaciones por todo el mundo para atraer capital o cortejar a los inversores extranjeros de origen chino. Sólo en la ciudad fujianesa de Fuqing, donde viven en torno a un millón de habitantes, se estima que «los chinos de ultramar han donado más de 140 millones de euros, invertido en unos 900 negocios y aportado más de 4.000 millones de euros en IED».³⁸

Hoy todo ello ha evolucionado hacia un nacionalismo transfronterizo que, aunque con matices, encuentra en la patria y la cultura chinas un elemento aglutinador para millones de ciudadanos que, paradójicamente, viven en extremos opuestos del planeta. A ojos del occidental, acostumbrado a medir las cosas por el patrón del Estado-nación, este rasgo característico del pueblo chino sorprende o, en el peor de los casos, asusta. El español, el británico o el francés sienten —llegado el caso— un apego por su país que está delimitado por unas fronteras y caracterizado por una cultura y una lengua comunes. Cuando éstos emigran —por ejemplo a México, Australia o Argelia— y echan raíces, esos vínculos desaparecen paulatinamente en las siguientes generaciones, que rápidamente se identifican con el país de acogida y sus costumbres. En pocas palabras, el hijo de español ya no es «de origen español», sino mexicano.

Esto no sucede por lo general con los chinos. El periodista y académico Martin Jacques argumenta que tiene que ver con la propia naturaleza de China como país: no es un Estado-nación, sino un Estado-civilización. Por consiguiente, el sentimiento de pertenencia a una cultura, unas tradiciones y una Historia que oficialmente tienen más de 5.000 años de existencia no desaparece con la migración del individuo, pese a que pasa a habitar en otro territorio y

36. *Overseas Chinese in Southeast Asia and China's foreign policy: an interpretative essay*, Suryadinata, Leo, Institute of Southeast Asian Studies, Singapur, 1978, p. 27.

37. La primera empresa extranjera en invertir en China tras el proceso de apertura fue, por ejemplo, Charoen Pokphand, propiedad del chino Xie Yichu. Durante años, esta compañía con negocios en el sector agroalimentario fue considerada el mayor inversor extranjero directo en el gigante asiático.

Charm Offensive. How China's Soft Power is Transforming the World, Kurlantzick, Joshua, Yale University Press, 2007, p. 76.

38. *Mobility and Cultural Authority in Contemporary China*, Pál Nyíri, Universit of Washington Press, 2010, p. 99.

a vivir otra realidad social y cultural. La civilización es el hilo que une el collar de perlas formado por la gran comunidad china, el elemento aglutinador. El chino, dentro o fuera de sus fronteras naturales, está inmerso en esta corriente civilizadora, donde tradiciones, creencias, lengua, costumbres y cultura se transmiten de padres a hijos. Uno jamás puede dejar de ser chino por muy lejos que esté del Imperio del Centro.

En este sentido, el Estado chino ha jugado desde siempre el rol de garante de esta civilización con miles de años de historia. El Imperio primero, con su élite de mandarines y funcionarios, y el Gobierno comunista, después, se han atribuido a lo largo del tiempo el papel de guardián y gestor de esta herencia, donde confluyen desde las ideas de Confucio hasta el respeto por los ancestros y la familia. En la época contemporánea, esto desemboca en un marcado nacionalismo que juega un importante papel. Especialmente después de que el derrumbe del comunismo dejara sin anclaje ideológico al régimen, Pekín no ha dejado de blandir un discurso nacionalista centrado no sólo en la confianza en sus propias fuerzas, sino también en un mensaje subliminalmente antioccidental y marcadamente antijaponés. En los tiempos de Mao todo ello tenía el objetivo de combatir el capitalismo y las posiciones burguesas, de un modo similar a como hace hoy Corea del Norte. Pero en la fase de apertura económica y con la posterior irrupción del capitalismo rojo —es decir, actualmente—, el nacionalismo sirve para desactivar, con un discurso *ad hoc* que cala fácilmente entre la población, la posibilidad de que en China impere una democracia liberal de corte occidental.³⁹

Quizá el ejemplo más reciente e ilustrativo se produjera durante el recorrido mundial de la llama olímpica de los Juegos de Pekín de 2008, cuando decenas de miles de jóvenes chinos salieron a las calles de Buenos Aires, París, Londres y Sydney para contrarrestar las manifestaciones en favor del Tíbet o los derechos humanos. Aunque el rol jugado por las embajadas chinas para orquestar estas protestas es innegable, no hay que subestimar la iniciativa propia como factor clave a la hora de sacar a la calle a los estudiantes para proteger la llama olímpica de los sabotadores occidentales.⁴⁰

Este nacionalismo que Pekín fomenta entre su población, y que en ocasiones deviene recalcitrante, se filtra también a las comunidades chinas en el exterior y se torna transfronterizo. No escasean los ejemplos que, como el de Harry

39. El nacionalismo ha sido utilizado «de forma eficaz por el régimen en su Campaña de Educación Patriótica para promover entre la población el rechazo hacia una democracia liberal y la aceptación de un sistema autoritario, que se presenta como imprescindible para el desarrollo del país», p. 165 de la obra *China después de Tian'anmen. Nacionalismo y cambio político*, Esteban Rodríguez, Mario, Ediciones Bellaterra, 2007.

40. «China's Cosmopolitan Nationalists: "Herores" and "Traitors" of the 2008 Olympics», Nyíri, Pal, Zhang Juand y Varral, Merridien, *The china Journal*, N.º 63, enero de 2010.

Sun, reflejan esta defensa a capa y espada de la madre patria por parte de los chinos de ultramar. Ello no significa que la diáspora china forme parte de un ente monolítico que, siguiendo los dictados del partido-Estado chino, haga causa común contra el rival occidental. Este razonamiento es demasiado simple. Pero no cabe duda de que los chinos de ultramar se han beneficiado de su alianza económica con el régimen de Pekín, enriqueciéndose y aprovechando la entrada de China en el sistema económico mundial. En este escenario lleno de oportunidades de inversión y negocio, de ascenso económico y geopolítico a toda velocidad, las prioridades de los chinos de ultramar no pasan por forzar un cambio político. Así, la presión para poner fin a la hegemonía del Partido Comunista al frente del poder, o al menos para influir en él para una mayor apertura, ha quedado olvidada. El tiempo dirá si momentáneamente o para siempre.

